«Gobierno Civil de la Provincia de Barcelona.—Sanidad.—N.º 13.—Excmo. é Ilmo. Señor: La Excma. Diputación provincial me comunica con fecha 27 de Noviembre último el siguiente acuerdo, tomado entre otros por la misma en sesión pública ordinaria de 18 de dicho mes.

«6.º Manifestar por conducto de los Sres. Obispos de las respectivas Diócesis, la sa»tisfacción y gratitud del Cuerpo provincial por los especiales servicios que ha presta»do el Clero durante las pasadas circunstancias sanitarias en los puntos invadidos por »la epidemia.»

»Lo que tengo el gusto de participar á V. E. I. rogándole que según se indica en el preinserto acuerdo, tenga á bien circularlo al personal eclesiástico de esa Diócesis para satisfacción del mismo.

»Dios guarde á V. E. I. muchos años.—Barcelona 4 de Enero de 1886.—Cayo López. —Excmó. é Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis.»

«Gobierno Civil de la Provincia de Barcelona.—Beneficencia y Sanidad.—N.º 58.—Excmo. é Ilmo. Señor: La Excma. Diputación provincial me comunica con fecha 27 de Noviembre último el siguiente acuerdo, tomado entre otros por la misma en sesión pública ordinaria de 18 de dicho mes.

«10.º Dar las gracias á las Hermanas de la Caridad y Religiosas de cualesquiera »Instituto que durante la invasión colérica han atendido á la asistencia de los enfermos »en los diversos pueblos invadidos, por el noble desinterés y ejemplar solicitud con que »han desempeñado tan humanitario servicio: tributar también una manifestación de »agradecimiento á la Asociación de la Caridad Cristiana, en especial á su Vicepresi»dente el Reverendo Cura Párroco D. Manuel Terradas y á D.ª Dolores Lluch de Sojo, »por la cooperación que en el servicio de enfermeros han prestado al Cuerpo provincial, »y acuñar medallas de plata de las cuales se entregará una á cada una de las Herma»nas de la Caridad, Religiosas ó enfermeras que por encargo de esta Diputación hayan »asistido gratuitamente á invadidos de la última epidemia colérica, para que les sirva »de recuerdo de la gratitud del Cuerpo provincial.»

»Lo que tengo el honor de transcribir á V. E. I. rogándole se digne comunicarlo á las Instituciones Religiosas á quienes se contrae y al señor Vicepresidente de la Caridad Cristiana, á los efectos oportunos.

»Dios guarde á V. E. I. muchos años.—Barcelona 9 de Enero de 1886.—Cayo López. —Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis.»—(Del *Boletín eclesiástico)*.

UNA PÁGINA NEGRA.

Desatendiendo los consejos de la Religión y de una sana prudencia, exagerando precauciones inútiles y olvidando deberes imprescriptibles, en la aldea y en la ciudad, en poblado y en la soledad, el miedo, este falaz consejero, inspiró actos que la pluma se resiste á escribir y que deben considerarse y debiera calificárseles de demencia epidémica. Contra todas las reglas del buen sentido trataron de encerrarse en aislamiento absoluto ciudades como Sevilla, Valencia, Cartagena y mil otras, y cundiendo el ejemplo no quisieron ser menos hasta los últimos villorrios de la Península, faltando á todos los preceptos de la caridad, imposibilitando el movimiento y muriendo el mismo pueblo en los horrores del hambre y la miseria.

Más aún, este miedo incalificable al contagio que improvisa lazaretos, cordones y puntos de observación, que de todo tenían menos de lo que indicaba su nombre, no fueron más que puntos de tortura, de explotación y de infección, en

los cuales al desgraciado que por su mala suerte debía dar en ellos, le aguardaban los tormentos que Dante no imaginó para su infierno, pues en ellos se aplicaban los desinfectantes asfixiando y se fumigaban los pacientes á palo limpio.

El infundado terror que autoridades meticulosas inspiraron llegó al punto de hacer inútiles los esfuerzos y sacrificios de la caridad, y por ende se pudieron contar por centenares, ya que no por miles los cadáveres insepultos, los enfermos abandonados y los muertos que con toda calma y por sus propios pies pudieron regresar al seno de sus familias. Imposibles parecieron escenas lamentables en el seno de una sociedad civilizada y bajo este punto de vista el celo, la abnegación y la caridad desplegados en tan tristes circunstancias por el Clero y las Instituciones religiosas, les han hecho acreedores á la pública gratitud.

¡Bendito miedo que tantas virtudes nos descubriste y bendita Religión que así sabes inspirarlas!

El Porvenir de León refiere lo siguiente, que parece inverosímil:

«En una casa de campo del término de Horcajo (Ávila), falleció de la enfermedad reinante una mujer. Su marido y parientes la abandonaron y permaneció insepulta diez días. Al cabo de ese tiempo se dispuso por orden superior que se le diera sepultura, pero no había en el pueblo quien se prestara á ello; además las autoridades municipales no consentían de ningún modo en que se enterrara en el cementerio del pueblo.

»Por fin se prestó á servir de sepulturero un hombre de Villaverde, quien mediante la remuneración de 1,900 reales se prestó á darle sepultura, y lo hizo colocando el cadáver entre dos colchones y arrastrándolo y echándolo en un pozo de la referida casa de campo.

»Este acontecimiento ha dado ocasión para que se acordonen los pueblos inmediatos y se cometan todo género de atrocidades.»

Un periódico de Santander refiere el siguiente hecho ocurrido en el pueblo de Villasarracino (Palencia):

«Hace unos días salieron de esta capital con dirección á aquel punto dos señoras con dos niños de corta edad, llegando al pueblo de referencia á las dos de la madrugada. Allí las esperaban un centenar de hombres, digo cafres, á las órdenes del alguacil, quien al divisar á las viajeras, arengó á sus *hulanos* con las siguientes edificantes y cultas frases: *Matadlas, que nos traen el cólera*, ante cuyas palabras comenzó á reñirse la batalla, disparándose multitud de piedras á la manera de proyectiles contra las infelices forasteras, sin que las súplicas y lágrimas de éstas y los pequeños infantes bastaran á contener el furor de las ordas salvajes, por lo que las señoras referidas tuvieron que declararse en precipitada fuga hasta que llegaron á la estación del ferrocarril, sita en el pueblo de Osorno, distante dos leguas del lugar del suceso.

»Al día siguiente, y resguardadas las señoras por la Guardia civil del pueblo de Castrillo, verificaron su entrada en Villasarracino.»

ILMOS. SRES. OBISPOS.

Este capítulo debiera ser el más interesante de esta obra; á valer nuestros deseos escribiríamos páginas de oro que inmortalizasen las heroicas acciones de los Prelados españoles en el decurso de la última epidemia. Mas su humildad ha hecho que la mayor parte fuesen desconocidas y que sólo Dios y el necesitado supieran lo practicado por nuestros celosos Pastores.

Nosotros hemos recogido cuidadosamente cuanto ha dado á luz la estampa periódica de las grandes capitales y esto es lo que consignaremos, pero con preferencia hubiéramos escogido lo que ha publicado la prensa local que estaba más al alcance de las noticias locales á ser posible reunirla al solo esfuerzo individual.

Creemos sin embargo que hay lo suficiente para patentizar la acción salvadora que en este calamitoso tiempo ha correspondido á nuestros preclaros Obispos y la gratitud de los pueblos perpetuará en su memoria los sacrificios que para su bien se impusieron sus Prelados.

Como no debe existir preferencia, pues el bien se ha hecho á medida que las necesidades de los pueblos lo han reclamado, seguiremos en nuestra relación el orden alfabético de las diócesis en que han tenido lugar y si alguna queda omitida no es por descuido, ni por falta de voluntad, sino porque, como muchas noticias interesantísimas, no ha llegado á nuestro conocimiento.

El Episcopado español ante el cólera.—El Episcopado español sigue desplegando, con motivo de la epidemia reinante un celo superior á todo elogio, porque está verdaderamente inspirado por la caridad, esa hija predilecta del cielo. Bien pública ha sido la conducta admirable de los Cardenales Arzobispos de Zaragoza y Valencia y los Obispos de Málaga, Murcia y Segorbe; pero la de los demás Hermanos en el Apostolado, no cede en abnegación y en heroísmo. El Arzobispo de Granada, después de constituir entre el Clero un turno, para ayudar á los Párrocos en su misión, y de ocupar allí en la lista modestamente un puesto, recorre con un Sacerdote la ciudad, visitando á los coléricos, confortándoles con palabras de cariño y socorriéndoles en sus necesidades. El Obispo de Ávila, al saber que el pueblo de Gordo estaba invadido y la confusión y el espanto se apoderó de todos sus habitantes, atraviesa 60 leguas de distancia en las peores condiciones, y allá se vá á ver á sus hijos, para darles todos los consuelos espirituales y corporales, y celebrar después un solemne oficio de difuntos, por los muertos. El Obispo de Cádiz, no satisfecho con ofrecer su palacio para hospital de epidemia, si ésta llegase, en cuanto recibe la triste noticia de que se inició en Puerto Real, sólo tarda en presentarse allí el tiempo materialmente preciso para conseguirlo, y visita enfermos, consuela á los sanos y reparte socorros á todos. El Obispo de Cuenca, á quien la enfermedad sorprende, fatigado, después de una visita pastoral, en que recorrió mas de 40 pueblos, siempre predicando y confesando, no por ello se entrega al reposo; sino que cobrando nuevas fuerzas, como buen Apóstol, á medida que de él necesitan sus fieles, les dedica todo su tiempo y toda su actividad, recorriendo casa por casa, y socorriendo apuro por apuro. El Obispo de Huesca pone á disposición de los oscenses su palacio, su persona y su dinero, para el caso de que la epidemia invada la capital. El Obispo de Mondoñedo brinda al pueblo su palacio de Masmas con todas las camas necesarias para convertirlo en hospital de coléricos y 2,000 duros para aliviar á los necesitados. El Obispo de Palencia cede su palacio también para los enfermos del cólera, les promete su asignación, que es todo cuanto tiene, y asegura que hasta el coche y las mulas se venderán, si es menester, para que nada falte á sus hijos. El Obispo de Segovia, antes de ocurrir nada, entrega ya 20 camas completas á la comisión sanitaria preventiva, y se dispone á consolar y socorrer á sus fieles, si llega el caso, hasta donde alcancen sus fuerzas. El Obispo de Tortosa ofrece su Torre de Bitan y visita á los coléricos de las Roquetas, enjugando sus lágrimas, repartiendo limosnas y encargando á los Párrocos que le den aviso de todo cuanto haga falta. Así se conducen los Prelados de las diócesis invadidas, mientras los restantes ordenan solemnes tríduos, piadosas procesiones y devotos rosarios, dirigiendo á sus súbditos hermosísimas Pastorales y encargándoles que pidan á Dios misericordia.

Siempre fueron los Prelados de España modelo de Pastores; pero al ver como se conservan, cuando todo se corrompe, incorruptibles; cuando todo se rebaja, altísimos;

cuando todo se divide, unidos en un solo haz; cuando todo se materializa, formando un sólo espíritu de caridad ardiente; desde lo más íntimo de nuestra alma, se escapa este grito: ¡Benditos sean nuestros Apóstoles que así nos dan, con una admirable sencillez, ejemplos sublimes, capaces de hacernos abrigar para este pobre país, sometido á tan dolorosas pruebas, consoladoras esperanzas!

El Clero secular y las Órdenes religiosas han rivalizado en abnegación con nuestros Obispos. Sin citar más hechos que los que puedan venirse á la memoria son dignos de todo elogio: los Curas de Echegin y Cieza, vendiendo sus fincas particulares para atender al socorro de sus fieles; las Madres Mercenarias de Granada, que han cedido su casa para hospital de coléricos; los Hermanos de San Juan de Dios, prestando en diversos puntos el servicio de practicantes; los Frailes Capuchinos de Igualada instalando en su mismo convento el hospital de epidemiados y convirtiéndose en enfermeros de los mismos; el Cura de Algar y un P. Franciscano de la Puebla de Montalbán, convertidos en enterradores, á falta de otras personas que recogiesen los cadáveres insepultos; y en general, las Hermanas de la Caridad, las Madres Mercenarias y demás Institutos religiosos que se han dedicado en hospitales y enfermerías á la asistencia de los coléricos.

Los párrocos de los pueblos invadidos por el cruel huésped del Ganges han hecho mil obras de caridad, que no por desconocidas, son menos dignas de alabanza, ni menos meritorias ante Dios.

Párrocos hay, que han expuesto multiplicadas veces su vida en una doble campaña; y á este propósito, citaremos, como pudiéramos aducir otros muchos, al joven de Fuentelmonje (Soria), D. Silvestre Lozano, que después de haber asistido á los coléricos de Monteagudo, el pueblo tal vez más castigado de toda España en la presente epidemia, reemplazando al párroco, invadido y muerto del cólera, hubo de dedicarse á la asistencia de los coléricos de su propia parroquia de Fuentelmonje, invadida posteriormente.

Á impulso de la caridad ó en el cumplimiento de los sagrados deberes parroquiales recordamos haber dado ya su vida por el prójimo: el párroco de Monteagudo, el de Cervera del Maestre; dos sacerdotes de la parroquia de San Gil (Granada), uno de los cuales llevaba 68 horas sin descanso, al ser invadido; el cura de Almolde; los PP. Laborda, Zaragoza, Armengol y Faustino Pastor; dos religiosas Mercenarias de Motril y otra de Granada; la superiora del hospital de Villacarrillo, y varias Hermanas de la Caridad. Los pueblos sabrán, indudablemente, apreciar el mérito de las personas que así se han sacrificado, sin otra recompensa que la del cielo, de que esperamos en el Señor estén ya gozando todas.—(De *La Verdadera Ciencia Española.*)

DIÓCESIS DE ALMERÍA.

La ciudad y diócesis de Almería saben los heroicos sacrificios llevados á cabo por su virtuoso Prelado. Nosotros hemos podido recoger lo siguiente:

Los periódicos liberales de Almería, que trataron en un principio de oscurecer la conducta noble del virtuoso Prelado, rendidos por la fuerza de los hechos, se ven obligados á hacer su panegírico. Vean nuestros lectores lo que dice *El Demócrata* que se publica en dicha ciudad:

«El Sr. Obispo, aunque en los primeros días nadie lo supo, nos consta que hace obras caritativas, que le hacen acreedor á los aplausos de amigos y adversarios. Facilita trabajo á todo el que lo necesita, da rancho en el Colegio de San Juan, reparte 500 libras de pan y socorre con metálico á cuantos á él acuden verdaderamente necesitados. Ayer

mismo facilitó 30 camas para el hospital de coléricos, autorizando al Sr. Zarzosa para que pida las que sean necesarias.»

Á su vez *El Almeriense*, periódico que copia artículos de *El Motín*, escribe lo que sigue:

«Fieles intérpretes de la verdad y la justicia, hemos de tributar nuestros más entusiastas elogios al ilustre Obispo de esta diócesis.

Donde suena la voz de un desvalido, donde se refleja la miseria con un aspecto aterrador, doquiera se observa una necesidad grande ó pequeña, allí se halla el respetable señor Orberá, llevando consigo los consuelos de la caridad y la religión.

Tiempo es ya de que los almerienses hagan pública justicia á tan esclarecido Prelado.»—(Del *Correo Catalán*.)

Es digna de todo elogio la conducta del señor Obispo de Almería, que desde el primer día de hallarse invadida por el cólera la ciudad montó una cocina económica, y reparte diariamente 700 raciones, visita el hospital, el cementerio y las casas donde hay coléricos.

El Clero catedral reparte 100 raciones y el parroquial secunda con verdadero heroísmo la conducta del señor Obispo.

DIÓCESIS DE ÁVILA.

El celo verdaderamente apostólico del señor Obispo de la diócesis, llenaría buen número de páginas si debiésemos enaltecerlo. No es nuestro propósito. La prensa unánime llena de admiración, dió cuenta de sus heroicos hechos: á nosotros sólo nos corresponde hacernos eco de la misma y dejarlo consignado para que las futuras generaciones aprendan y recuerden los sacrificios que sabe imponerse la verdadera caridad que se funda en el amor de Dios.

España.—Con mucho gusto publicamos la siguiente carta que se ha dirigido desde Oropesa, á nuestro querido colega *El Siglo Futuro:*

«..... *Videant opera vestra bona et glorificent Patrem vestrum qui in coelis est.*

»Bendita, mil veces bendita la santa Iglesia católica apostólica romana, en cuyo divino seno se engendran los sublimes rasgos de la caridad cristiana, y toman vida tantas acciones heroicas, que el mundo admira, y las cuales no pueden, no deben callarse por una mala entendida modestia que apaga los ardientes rayos del *buen ejemplo* y priva á las almas débiles de su valioso estímulo.

»El pequeño pueblo de El Gordo, provincia de Cáceres y obispado de Ávila, fué invadido de la epidemia colérica el dia 7 de Julio próximo pasado. Pobre la mayoría de su vecindario, bien pronto se vió rechazada de los pueblos circunvecinos por temor al contagio; y la tristeza y el desaliento, unidos á otras cosas propias de circunstancias tales, imprimieron en el pueblo el temor y la angustia, precursores de mayores males.

»Obedeciendo al propio instinto, los vecinos desalojan el pueblo, acampan en los campos en pobres chozas que responden á la necesidad del momento; desde el 7 al 20 se cuentan 12 ó 13 defunciones, se abulta el número, se extreman las precauciones en

los pueblos inmediatos, y en esto tiene noticia de semejante aflictivo estado de una parte de su grey, el Excelentísimo é Ilustrísimo señor Obispo de la diócesis D. Ciriaco Sánchez y Hervás.

»Perdone el Venerable Prelado si su modestia sufre; pero la obra que ha practicado, como las que practican todas las almas grandes y generosas, no es suya, no le pertenece, es de Dios en cuya gloria redunda, es de la Iglesia que la enaltece, es de los hombres á quienes enseña.

»Sin comunicar su resolución, deja su Palacio el día 23; acompáñase del piadoso sacerdote señor D. Félix Campo, y salvando las 56 leguas de distancia, llega á la estación de Oropesa á las 4 de la tarde del 30, sin prevenir á los señores Párrocos del tránsito, para evitarles sin duda molestias y orillar embarazos á su marcha. En las eras de Lagartera, muy próximas á dicha estacion, se proporciona S. E. I. un carro de varas del país, propio para las faenas agrícolas y en extremo incómodo para personas; en él se coloca el Prelado con su Capellán y el Párroco de dicho Lagartera, que por feliz casualidad encontró á los viajeros en el camino real; y bajo un sol de Julio y sin más toldo que el cielo, emprenden su ruta, llegan á la Calzada de Oropesa á las seis, y por cierto no sin reclamárseles á la entrada por un *fino centinela* las cartas de sanidad, permitiéndoles por fin el paso por el pueblo con el carro á escape, y sin poder pararse á dar agua á las fatigadas mulas, por temor á que los microbios de personas que venian por Madrid, pudieran entrar por las puertas y ventanas.

»Cuando los sacerdotes de esta villa supieron el paso por ella de S. E. I., ya este se encontraba cerca del pueblo epidemiado, entrando en él al anochecer y viendo reinar en sus calles la soledad de un cementerio. Las escenas que allí han tenido lugar en los dos días de su permanencia, cuéntenlas los afortunados favorecidos con la visita inesperada de su Padre y Pastor, quien después de reanimar su espíritu, infundir aliento con su presencia y su palabra celebró el 31, honras fúnebres por las almas de los finados, dispuso solemne procesión pública para por la tarde, oyó confesiones, administró Sacramentos, visitó los enfermos, animó á los débiles, y, según nos cuentan, ha derramado sobre los pobres necesitados cuantiosos recursos en proporción de su miseria, dejando grabado su nombre en todos y cada uno de sus hijos que repudiados de todas partes como leprosos y *acorralados* en su reducido término por nuevo sistema de defensa que repugna á la caridad cristiana, á la justicia y al sentido común, han visto que alguien velaba por ellos y deseaba participar de su infortunio, y este alguien era un sacerdote, un Obispo de quebrantada salud, un Prelado que los llama hijos y voló en su auxilio.

»El regreso de S. E. I. se verificó ayer 1.º de Agosto, saliendo del Gordo á las 9 de la mañana con la dulce satisfacción de ver que la epidemia, á pesar de los informes oficiales, cesó por completo el 20 de Julio.

»En justo reconocimiento, cerca de 30 vecinos, con el secretario del ayuntamiento D. Manuel Gómez, acompañaron, cabalgando, al Obispo hasta la dicha estación de Oropesa, sin *poder* tocar ningún pueblo del tránsito por causa de las *medidas sanitarias* y por evitar conflictos á las *celosas* autoridades.

»Á las 11 y media llegó la cabalgata episcopal á la estación, incorporándose á ella los señores curas de Lagartera, Torralva y Calzada de Oropesa, echado pie á tierra, S. E. I. habló cariñosamente á todos, todos formaban á su alrededor un grupo compacto, sus rostros estaban emocionados, la tristeza imprimía sus huellas en aquellos semblantes, reflejo de largos sufrimientos; y al llegar la despedida puede decirse que los ojos, preñados de lágrimas, soltáronlas en abundancia, y Dios solo puede saber qué pasaría por aquellos corazones cuando S. E. I. en medio de aquella explanada, á la vista de todos, en presencia de empleados, viajeros y curiosos tal vez, fué tendiendo sus brazos á cada uno de sus hijos, pegó su cara con su cara, estrechó el corazón de ellos contra el suyo, durando largo rato esta escena tiernísima que daba público testimonio de lo que es el amor de un Obispo, de un sacerdote que ama á los suyos en Cristo, por Cristo y para Cristo, y ese otro amor falso ó filantrópico al uso que, como no es el amor de Cristo, no arde ni alimenta, ni sufre ni sostiene, y huye y desaparece al frío glacial del egoísmo.

»Un prolongado ¡viva nuestro señor Obispo! ¡viva nuestro padre! fué la despedida de aquellos hombres agradecidos que al volver á su hogar referirían á sus hijos para perpetua memoria estas acciones que los ángeles escriben en el libro de la vida y el pueblo del Gordo consignará en sus anales escribiendo: «en 30 de Julio de 1885 visitó esta villa ,víctima de la peste, el señor Obispo diocesano D. Ciriaco Sánchez y Hervás con su Capellán D. Félix Campo: la villa agradecida dedida este recuerdo.»

«*Un testigo*, X.

»2 de Agosto de 1885.»—(Del *Intransigente* del 5 de Agosto.)

En los límites de la provincia de Cáceres existe un pueblo perteneciente á la diócesis de Ávila, llamado *El Gordo*.

Los horrores del cólera se paseaban por sus calles y casas.

Abandonado de todo el mundo, y sin auxilio ni recursos de ninguna clase; los pueblos limítrofes horrorizados á vista del peligro, se incomunicaron con el desgraciado pueblo, llegando el pánico al extremo de abandonarlo completamente á su desesperada situación.

El terror se apoderó de aquellos infelices, y saliendo de sus casas en que se cernía la muerte, huyeron al campo, y en él formaron chozas con ramas de árboles, bajo los rayos de un sol abrasador durante el día, y sufriendo las humedades de la noche.

Nadie se acordaba de tales desgraciados, sino para huir de ellos y de su contacto mortífero.

El hambre y la miseria aumentaban las tintas de aquel cuadro aterrador.

Por fin, el día 30 de Julio 2 sacerdotes salían de Madrid á las 9 y media de la mañana, y llegaban al oscurecer, al abandonado pueblo.

¿Cómo pudieron efectuar el trabajoso camino?

Al llegar á Villaluenga á las 10 y media de la mañana, fueron detenidos bajo los ardores del sol hasta las dos de la tarde, sin auxilo ni recurso alguno. En ninguna parte quisieron recibirlos.

En Oropesa se empeñaron en llevarlos al lazareto. Por fin, pudieron seguir el viaje proporcionándose 3 borriquillos.

En Lagartera lograron alquilar un *carro de conducción de estiércol*, en el cual prosiguieron su ruta.

Al llegar á la Calzada de Oropesa, saliéronles al paso dos hombres armados de garrotes.

—¡Alto el carro! exclamaron. ¡La cédula de sanidad!

—No la tenemos, dijo uno de los sacerdotes. Somos viajeros que marchamos á otra localidad en cumplimiento de nuestro deber.

—Pues siga el carro, dijo el hombre del garrote, pero sin pararse un momento en el pueblo ni aun para que beba el ganado.

Continuó andando el carro, y á éste siguió el hombre del garrote, vigilándolo hasta el otro lado del pueblo.

Á dos kilómetros de *El Gordo* rogóles el carrero le dejasen volver, pues de llegar al pueblo se le seguirían perjuicios.

Llenos de santa alegría estos dos ángeles de la caridad, viendo que se acercaban ya á aquellos desgraciados, siguieron caminando á pie, hasta que penetraron en sus chozas.

Á poco renacían la esperanza y el consuelo de aquellos infelices. Uno de los sacerdotes especialmente derramó en los corazones de todos bálsamo dulcísimo. Por todas partes no se oía más que palabras de bendición. Al día siguente aquellos hombres, antes desesperados y sin fe, acudieron presurosos al templo, y purificadas sus conciencias recibieron el pan de los Ángeles.

El pánico había desaparecido. Desde aquel día la enfermedad empezó á decrecer, y el 10 de Agosto se cantó el *Te-Deum*.

¡Estos dos sacerdotes eran el venerable Obispo de Ávila y su Secretário!—(De la *Revista Popular*).

He aquí la copia de la comunicación que en cumplimiento de un acuerdo del ayuntamiento, han remitido el Alcalde y concejales de El Gordo al Excmo. Prelado de Ávila como expresión fiel del agradecimiento y cariño á que se ha hecho acreedor, con su visita á dicho pueblo en la tristísima ocasión de verse invadido por la epidemia reinante:

«Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Ávila.—El Gordo 2 de Agosto de 1885.—Excmo. Sr.: Reunida la corporación municipal en sesión de este día hemos acordado dirigir á V. E. Ilma. la presente. Si el agradecimiento es un deber de todo hombre bien nacido; si la caridad es una de las primeras virtudes, tanto que puede equivocarse con la gracia santificante, si el reconocimiento, volvemos á repetir, es un deber que toda persona tiene con sus semejantes, faltaríamos nosotros, Excelentísimo señor, si ya que particularmente se lo hemos hecho saber, no lo hiciera la corporación reunida y por escrito.

»Solo tenemos un sentimiento y es no tener expresiones escogidas con que poderle expresar nuestra obediencia, nuestras simpatías, nuestro reconocimiento y nuestro amor.

»La palabra más de nuestro agrado es la de Padre: Si Padre cariñoso, Padre indulgente, Padre compasivo, Padre caritativo y Padre amorosísimo, para con sus hijos afligidos, abandonados y que padecen las aflicciones del más entrañable dolor cual es ver desaparecer por una parte los seres queridos del corazón; gracias os damos de lo más íntimo de nuestros corazones por el bien que ha traido á este afligido vecindario con sus visitas á los enfermos, con sus palabras de consuelo, con sus socorros domiciliarios y públicos y con la provisión de Sacerdote á esta Santa Iglesia.

»Gracias mil y mil por las incomodidades que ha sufrido, por las incomodidades que ha experimentado de los pueblos que desoyendo su voz apostólica han tratado de ejercer actos que repudian las leyes, sin duda por el temor de que se hallan poseídos, por el ánimo que ha infundido en los corazones afligidos y atribulados, y en fin por todos sus actos y acciones, puesto que todo cuanto ha practicado ha sido en bien de sus queridísimos hijos.

»Permítanos V. E. Ilma. dar las gracias á su compañero inseparable, que con V. E. I. ha sufrido las incomodidades de un repentino viaje siendo intérprete fiel de sus inspiraciones, de sus deseos y de su caridad.

»Rogamos al Todopoderoso le guarde tan preciosísima vida para el bien espiritual de sus hijos como lo desean sus más apasionados hijos espirituales que reverentemente besan el pastoral anillo de V. E. Ilma.

»Cándido Bravo.—Manuel Fraile.—Zacarías Rodríguez.—Liborio Soria.—Vicente Bravo.—Matías Muñoz.—Manuel Gómez y Camacho, *Secretario*.»—(Del *Intransigente* del 7 de Agosto.)

Las fatigas apostólicas de este celoso Pastor, rindieron por fin su naturaleza, y el terrible mal hizo presa en su constante enemigo, obligándole á suspender momentáneamente sus correrías por los pueblos apestados.

Por fortuna la Providencia salvó la preciosa vida del digno señor Obispo y á poco la enfermedad desapareció de la diócesis de Ávila, sin que tuvieran que lamentarse los estragos que en otros puntos ocurrieron.

DIÓCESIS DE BADAJOZ.

Nada podemos añadir á la elocuente sencillez de los hechos que en ellos se describen, sino que la realidad en todos los casos ha superado los propósitos, de lo que dan testimonio los periódicos, repitiéndolo en todas sus páginas y el agradecimiento de los pueblos esculpiéndolo en sus corazones.